

ron á esta ruptura, rehusando restituir el botín que habian cogido á los infieles. Un hecho de esta naturaleza debia apoyarse en la historia oriental; no obstante, ningun vestigio se halla de esto en Jacobo de Vitri (1), ni en Marin Sanut (2), ni en el autor anónimo de la Historia de Jerusalem (3), que solo acusan á Renaldo de Chatillon, ni en la historia de las guerras santas (4), ni en la crónica de Nangis, ni en Dupuy, ni tampoco en Guillermo de Tiro, quien acusa la mala fe de Saladino y de su embajador (5). La verdad es que ningun escritor antiguo ni árabe ni cristiano, ha culpado á los Templarios de esta falta (6).

Saladino entró en campaña, y penetró por dos puntos en el territorio cristiano. Al tener noticia de estos movimientos, todos los barones seguidos de sus vasallos se pusieron en armas, y las dos Órdenes reunieron cuantos caballeros les fué posible, formando entre unos y otros 16,000 hombres. El rey Balduino que, á causa de la lepra, habia quedado ciego é imposibilitado de pies y manos, y por lo tanto no podia salir á campaña, confió el mando del ejército á su cuñado, conde de Jafa y Ascalon, títulos afectos al heredero presunto de la corona. Lusignan, pues, con el ejército acampó en Sephouri cerca de Tiberiades. Saladino habia avanzado á pequeñas jornadas hasta el territorio de Faba, castillo perteneciente á los Templarios, donde aguardó á pié firme á los cristianos. Estos, aunque muy inferiores, se acercaron al enemigo hasta una legua de distancia. Era un viernes; á la mañana siguiente, despues de haberse preparado muchos por la confesion y comunión, atacaron y desalojaron á los musulmanes de una ventajosa posicion, pero sea por incapacidad, sea por envidia de los jefes, no se persiguió al enemigo, tal vez por temor de comprometerse en una batalla general, ó de caer en alguna celada del enemigo, el cual no dejó de atacar á los cristianos, matando á muchos y cogiendo prisioneros, desmantelando tres fuertes y devastando el país. Pero el objeto principal de Saladino era batir á su implacable enemigo. Arnaldo de Chatillon, y confuso de no haberle derrotado en esta ocasion, resolvió por segunda vez sitiarse en su fortaleza de Krac, y desalojarle, costase lo que costase. Al fin mandó por jefe de esta empresa á Nour-Eddin, uno de sus más acreditados generales; pero la invencible firmeza y valor extremo de los Templarios, y el socorro que recibió la plaza, hicieron inútiles los esfuerzos del musulman, que se vió obligado á levantar el sitio, y abandonar la ciudad

(1) Jacob. vitrius, pág. 1117.

(2) Mar. Sanut, pag. 191.

(3) Hist. de Jerusalem, pág. 1152.

(4) Rerum Italicar. Script., tom. 7, col. 661.

(5) Guill. de Tiro, lib. 22, cap. 11.

(6) Véase Renaudor, Hist. Patr. Alex., año 1182 pág. 513; año 1183, pág. 511.—Hist. de los Arabes, pág. 529.—Hist. Univ., tom. 1.<sup>o</sup>.—Hist. de Saladino por M. Marin, tomo 1, pág. 417.

baja que habia tomado, volviéndose á Damasco despues de haber devastado las comarcas de Naplusa, y haber pasado al filo de la espada á muchos de sus habitantes. Todos estos sucesos acaecieron durante el año 1183.

Desde que Balduino IV, incapacitado de gobernar por sí mismo, habia encargado la regencia á Lusignan, los grandes y el pueblo no habian cesado de murmurar y reprobar su gobierno, llegando á declarar que no marcharían bajo las órdenes de Lusignan por incapaz y cobarde; y fatigado el rey con las repetidas quejas y reconvenciones, destituyó á dicho ministro, quitándole el condado de Jafa, puesto que se consideró no sabia defender tan importante plaza, que era una de las llaves del reino, y confió el cargo supremo de la regencia á Raimundo conde de Trípoli, personaje ambicioso que todo lo habia revuelto para llegar á sus fines. Lusignan, lleno de cólera, tomó las armas y se encerró en Ascalon, devastando las cercanías de Daroun. Alarmados los dos Grandes Maestros á vista de estas turbulencias, se consideraron en el deber de impedir sus progresos, haciendo gestiones cerca del rey. En efecto, se le presentaron proponiéndole medios de reconciliacion, pero fueron mal recibidos, y tuvieron que retirarse de palacio con disgusto; no obstante, al cabo de pocos dias, el rey mandó llamar á Lusignan, y se restableció la armonía mediante algunas condiciones, teniendo los Grandes Maestros la satisfaccion de haber contribuido al restablecimiento de la paz (1).

El conde de Trípoli, autor de la traicion delante de Harem y de las secretas cábalas de la corte, elegido regente del reino, imaginándose ser él solo capaz de figurar al frente de los asuntos, afectó antes rehusar la regencia con la más refinada hipocresía, y por último, la aceptó á condicion de que los Templarios y Hospitalarios se encargarian de defender todas las plazas fuertes, y que á nadie se confiaria la tutela del joven Balduino sino á su persona. Este Balduino era un niño de 5 años, hijo de Sibila y del marqués de Monferrato, á quien su tio destinaba á sucederle, y que fué coronado solemnemente para quitar á Guido de Lusignan toda esperanza de llegar al trono. El nuevo regente, viendo la Palestina agotada de fuerzas, afligida por la sequía y el hambre propuso al Consejo enviar una embajada á Saladino, ofreciéndole una suspension de armas. El sultan accedió á ella, y se firmó por cuatro años; en virtud de cuya tregua permitió que pasasen de Damasco todo género de granos y víveres á la Palestina; al mismo tiempo se propuso enviar otra embajada á Occidente á fin de obtener el socorro de una cruzada, y sin duda se hubiera alcan-

(1) Will. Tyr.: Continuata Hist. ab Hugone Plagon. apud Edmund.—Martene. in Vet. Script. amplissima Collect., tom. 5, col. 534.

zado, si el patriarca de Jerusalem no hubiera tenido la altanería de ser su jefe. Llamábase Heraclio, y era de genio vano y presuntuoso, de conducta bastante reprehensible, y de todo el Oriente, el menos digno de la confianza de los príncipes cristianos. Él se lisonjeó de volver con un ejército compuesto de los más poderosos príncipes de Europa, confiando sobre todo en Enrique II de Inglaterra, nieto de Foulques, conde de Anjou, rey de Jerusalem, y por consiguiente primo hermano de Balduino, apoyándose además en el buen éxito por razón de que dicho rey de Inglaterra no había sido absuelto de la excomunion por su atentado contra Sto. Tomás de Cantorbery; y como el expresado rey en el concilio de Avranches, Normandía (27 setiembre 1172), había prometido cruzarse y pasar á la Tierra Santa, no solamente al frente de tropas, sino también sostener á sus expensas por espacio de un año á 200 Templarios, cuyos compromisos aun no había cumplido despues de trece años, de allí es que, en su vana presuncion, confiaba sacar gran partido.

El Consejo, el rey y el regente no ignoraban que el patriarca ponía en juego todos los resortes para lograr dicha embajada, y á pesar de lo halagüeño que presentaba su éxito, no tenían mucha confianza en sus gestiones por razón de sus maneras altivas. No obstante, habida consideración á su elevada dignidad, se accedió á que fuese de embajador á las cortes de Europa, pero nombrando al propio tiempo para formar parte de la embajada á los dos Grandes Maestres de las Órdenes, Fr. Arnaldo de Tarroja, de la del Temple, y Fr. Roger Desmolins, del Hospital, capaces los dos por su moderación, finura y delicadeza, de dulcificar lo áspero del humor del patriarca. Además ambos Maestres, por razón de su linaje y valor, eran muy considerados en el Occidente cerca de los soberanos, en cuyos estados habían nacido, y por los servicios que habían prestado á la religión.

En efecto, partió la embajada del puerto de Jafa y llegó á Brindis, donde tuvo noticia de que el papa Lucio III y el emperador Federico I se hallaban en Verona, tratando de apaciguar la Italia bastante turbada por disensiones intestinas. Sin demora allí se dirigió la embajada, y al presentarse ante el Papa y el Emperador, expuso el objeto de su misión, haciendo una pintura exacta del estado en que se hallaba la Palestina, del poder formidable de las armas musulmanas, de las conquistas de Saladino, de la debilidad del reino de Jerusalem, y por fin manifestando la necesidad absoluta y apremiante de un pronto y eficaz socorro, si se quería conservar la Tierra Santa.

Consiguieron sólo bellas promesas del emperador, de que enviaria tropas, que nunca envió, y del Papa muchas indulgencias y cartas de recomendación (1). Una de ellas iba dirigida al rey de Inglaterra, en la cual

(1) Radulpho de Diceto Angl., pag. 23.

le amenazaba con el severo juicio de Dios, si no cumplía la penitencia que se le había impuesto de pasar á la defensa de la Palestina (1). La otra era para el rey de Francia, solicitándole vivamente señalase su celo, por su advenimiento al trono, con una obra tan digna de la piedad de sus antepasados.

Los embajadores, cargados solamente de indulgencias, promesas y cartas de recomendación, se disponían para pasar á las cortes de los soberanos antedichos; pero la grave enfermedad que acometió al Gran Maestro del Temple les detuvo en Verona, donde sucumbió al cabo de pocos días, á últimos del año 1184.

Algunos historiadores han querido suponer que este Gran Maestro, Fr. Arnaldo de Tarroja, en una batalla fué muerto de un sablazo por el mismo Saladino, lo cual está destituido de todo fundamento, por cuanto en razón de la última tregua no se dió ninguna batalla, y además el ser elegido por embajador y pasar á Europa destruye aquella suposición.

Luego que los caballeros Templarios supieron auténticamente la muerte de su Gran Maestro Fr. Arnaldo de Tarroja, convocaron según los estatutos el capítulo general, á fin de proceder á la elección del sucesor, y la suerte recayó á favor de un caballero llamado Fr. Terric ó Thierry, del cual la historia no ha consignado ni el país ni la familia á la cual perteneciera (2). M. Marin, Fleury y Vertot se equivocan al afirmar que el sucesor del Maestro Tarroja fuese Fr. Gerardo de Riderfort; este fué en efecto Gran Maestro, pero fué el sucesor de Fr. Terric (3).

A consecuencia de la muerte de Fr. Arnaldo de Tarroja, los embajadores, á saber, el patriarca y el Gran Maestro del Hospital, despues de haber tributado los honores fúnebres para el eterno descanso del alma del Gran Maestro del temple, resolvieron continuar el viaje, dirigiéndose á Francia para desempeñar el cometido que se les había confiado, y del cual esperaban alcanzar grandes resultados. En efecto, llegaron á París á principios de enero de 1185.

En aquella época gobernaba la Francia Felipe II, joven de unos 20 años, el cual recibió á dichos embajadores con mucha consideración y cordialidad, y despues de haber entregado al monarca la carta autógrafa del papa Lucio III, hicieron de viva voz una relación circunstanciada del estado deplorable en que se hallaba la Palestina, manifestando el peligro inminente que les amenazaba de caer bajo la tiranía y despotismo musulmán; y con el fin de conmover el ánimo piadoso del rey, para que se pu-

(1) Roger de Hov., pag. 628.

(2) Italia Sacra, tom. 3, pag. 117.—Chronicon Reicherspergense, ann. 1187.—Godofridi Monachi Annales, ann. 1187.

(3) Hist. Eccl., lib. 74.—Hist. de la orden de Malta, lib. 2.—Hist. de Saladino, tom. 1, pag. 136.

siese al frente de la nueva cruzada en defensa de los Santos Lugares de Jerusalem, los embajadores le presentaron las llaves no sólo de la santa ciudad, sino también de la torre de David y del Santo Sepulcro del Salvador, como una investidura, ó por mejor decir, como una garantía del derecho de defensa y protección que debía procurar conservar por medio de las armas.

El rey escuchó con mucha atención el razonamiento de la embajada, y recibió con muestras de grande aprecio y veneración los objetos que le presentaron el patriarca y el Gran Maestre del Hospital, besando con devoción y ternura principalmente las llaves del Santo Sepulcro; y luego después dirigiéndose á los embajadores, les manifestó con sentimiento la imposibilidad en que se encontraba de marchar, como era su deseo á la cabeza de una cruzada, ya por razón de no tener ningun hijo para asegurar la sucesión á la corona de Francia, ya también por causa de la continua guerra que tenía que sostener contra la invasión de los ingleses y flamencos; pero, esto no obstante, secundando los impulsos de su corazón, y queriendo imitar el ejemplo de sus augustos antecesores, que tanto habían hecho á favor de la Tierra Santa, ordenaría desde luego que se predicase en todo el reino la cruzada, excitando á los obispos y clero, para que, por su parte, exhortasen á los fieles á contribuir á tan laudable objeto, así como solicitaría el concurso de la nobleza, recordándole los brillantes hechos de armas de sus mayores, para que añadiera nuevos blasones á sus escudos, acudiendo al socorro de la Tierra Santa amenazada por el furor musulmán.

Por fin prometió el rey favorecer por su parte la cruzada con todos los subsidios posibles, sufragando los gastos de la misma, y una vez organizada, enviaría á la Tierra Santa caballos y gente para un objeto tan santo y piadoso (1).

Cumpliendo el rey lo ofrecido á los embajadores, mandó reunir en París un concilio, que tuvo lugar á fines de enero, por el cual se mandó á todos los prelados exhortasen á los fieles hicieran el viaje á Jerusalem para la defensa de la fe. Mientras se predicaba la cruzada en Francia, partió la embajada para Londres, y fué recibida por Enrique II en Rhedings: de dicho rey confiaba el patriarca alcanzar cosas fabulosas; de manera que al presentarle la carta del Papa, el prelado le dijo que la Palestina necesitaba de un ejército cristiano para su socorro, y que esperaba sería conducido por el rey de Inglaterra. Este, al oír semejante proposición, con una cierta frialdad dijo que agradecía el honor que se le hacía, y que no pudiendo resolver por sí mismo un asunto de tanta trascendencia, reuniría inmediatamente un concilio y una asamblea, á cuya delibe-

(1) Rigord, pag. 171.

ración se propondría este negocio. En efecto, el 18 de marzo ambas reuniones tuvieron lugar en Londres, y unánimemente resolvieron que no era conveniente ni acertado que el rey abandonase al reino y á sus súbditos, ni expusiese su persona á los azares de la guerra de Oriente; sin embargo, podía el rey autorizar que se predicase la cruzada, y tanto los señores como súbditos que se alistasen para ella, podrían salir del reino para un fin tan religioso.

Al presentarse la embajada para saber la resolución, el rey se la manifestó con toda claridad, exponiendo la razón de estado y su avanzada edad, cuyas causas le impedían pasar al Oriente. Al oír el patriarca por boca del mismo rey la resolución del Parlamento, dejándose arrebatar de la impetuosidad de su carácter, apostrofó al rey, echándole en cara sus infidelidades con el rey de Francia, su complicidad é impenitencia acerca del asesinato sacrilego del arzobispo de Cantorbery, y en su arrebato dijo al rey: «Haced en mí lo que hicisteis con mi hermano Tomás; me es indiferente ser asesinado en Inglaterra, ó que lo sea por los sarracenos en Siria; sois peor que los infieles (1).»

A pesar de este y otros apóstrofes, la cosa no tuvo las consecuencias que eran de temer, atendido el carácter iracundo del rey de Inglaterra. El Gran Maestre del Hospital, aunque confuso y lleno de pesar, atenuó en cuanto le fué posible la gravedad de las palabras del patriarca, lamentándose interiormente de la desgraciada elección que se había hecho de un cargo tan importante en un hombre, que con su genio y proceder aruinaba del todo el gran fruto que se hubiera sin duda alcanzado, llevando aquella negociación de un modo diferente.

No obstante lo sucedido, en otra conferencia, el patriarca amenazó al rey con la cólera del cielo, si él ó uno de sus hijos no se ponían al frente de la cruzada, diciéndole con orgullo: No nos falta dinero, pues lo recibimos de todas partes; lo que necesitamos es de un hombre, más claro, de un jefe.» A pesar de esta altanería y lenguaje tan poco mesurado del patriarca, el rey procuró reprimir con tanto disimulo su enojo, que aún pidió al patriarca le acompañase á Normandía para conferenciar con el rey de Francia y acordar los medios con que socorrer la Tierra Santa.

En la entrevista que tuvieron los dos soberanos, renovaron las promesas, ya anteriormente hechas, de enviar con prontitud subsidios en hombres y dinero, y dando algunos regalos á los embajadores, los despidieron. Durante la permanencia del patriarca en Londres, consagró con gran solemnidad la iglesia de los Templarios de dicha capital.

Efímero fué el resultado de la famosa embajada, cuyo jefe, el patriar-

(1) Chron. Joan. Brompton in Henr. II.

ca, se había lisonjeado de volver á la Palestina á la cabeza de un poderoso ejército, y todo él se redujo á algunos ingleses que uniéndose á los franceses pasaron á Oriente; pero como no había príncipe ni personaje de bastante autoridad que los mandase é hiciera obedecer, no sirvieron de grande utilidad tales reclutas. Puede decirse que la embajada llegó casi sola á Palestina; así es que la consternación llegó á su colmo, al verse desvanecidas las ilusiones que había hecho concebir la presunción del patriarca.

Al llegar á Palestina los dos embajadores, encontraron al rey de Jerusalen desahuciado de los médicos, el pueblo sumido en la tristeza, y las dos Órdenes en general desaliento.

La Tierra Santa, que continuaba amenazada, cifraba siempre toda su confianza en el Occidente; por esto había enviado la antedicha embajada para implorar los auxilios de la cristiandad; pero la Europa, á la sazón muy perturbada, no podía ocuparse en la defensa del reino de Jerusalen. El ardor de las cruzadas no se había extinguido, pero para encontrar de nuevo su primera energía y despertar toda su fuerza, necesitaba sucesos extraordinarios y grandes calamidades que pudiesen conmover los corazones é impresionar la imaginación de los pueblos. La decadencia era progresiva en todos los asuntos de Palestina; no faltaban presagios funestos que anunciaban las calamidades futuras; los temblores de tierra, los eclipses de luna y de sol, parecían señales evidentes de la próxima ruina; la extrema licencia de las costumbres asustaba también á los hombres piadosos; además un indicio de desgracias era que los imprudentes, los débiles ó perversos dirigían los negocios del reino. En fin, el reino de Jerusalen, entregado á manos poco hábiles, había de sucumbir sin remedio; pero el bizarro valor de los cristianos estaba destinado á mezclar mucha gloria con el recuerdo de sus días postreros (1).

Roger de Hoveden, con siniestra intención, supone que á esta situación deplorable contribuyó mucho la apostasía del Templario inglés, Roberto de San Alban, quien desertó de la Orden y se pasó al campo de Saladino, ofreciéndole sus servicios y prometiendo hacer caer en sus manos la ciudad de Jerusalen y aniquilar la Iglesia oriental, y que en prenda de su palabra, abjuraría la religión cristiana y se haría mahometano; y en fin, que habiendo sido admitidos por Saladino sus ofrecimientos, dió su sobrina en matrimonio al apóstata Templario, y además le confirió el mando general de su ejército.

Si debiéramos creer á este historiador, el Templario apóstata, al frente de los musulmanes, se presentó en la llanura de S. Jorge, donde dividió el ejército en tres cuerpos, dos ocupados en devastar la campaña des-

(1) Hist. de las Cruzadas.

de Sebaste ó Samaria hasta Jericó, y el otro cuerpo bajo sus órdenes marchó á Jerusalen para sorprenderla; y añade, que los pocos militares que guarnecían la ciudad, en unión de los ciudadanos, saliendo por las poternas, sorprendieron al traidor cuando menos lo pensaba, y atacándole vigorosamente le obligaron á emprender la fuga, y así evitar el justo castigo de su perfidia (1).

Poco importa discutir si ese caballero fué apóstata ó no. Las sociedades más regulares se purgan de tiempo en tiempo con semejantes erupciones. Sin embargo, cosa singular, que tal Roberto no se halla en ninguna parte en el número de los generales que entonces tenía Saladino, ni historiador alguno de los que han tratado de las guerras santas, ha dicho que Jerusalen fuese sitiada, bloqueada ó amenazada en 1185. Se sabe que Saladino, á los principios de dicho año, tuvo que habérselas con muchos reyes de Oriente, celosos de sus victorias, que atacó repetidas veces á Mossul y otras plazas, que los calores excesivos le habían causado una grave enfermedad que le obligó á retirarse á Harran, para cambiar de aires, que después de su restablecimiento pasó el Jordán á principios de julio, se apoderó de Naplusa, Janin, Sebaste y del castillo de Beauvoir, dependiente de los Hospitalarios, del grande y pequeño Gerin (este pertenecía á la casa del Templo); en fin, que devastó él mismo todos estos lugares, sin auxilio de otro general que su hermano Al-Malec, y de Nour-Eddin (2).

Mateo de París, enemigo de los Templarios, explica detalladamente todas estas operaciones, sin decir una palabra de este supuesto apóstata. ¿De dónde, pues, ha sacado el historiador de Hoveden todo cuanto dice de Roberto S. Alban? Nos parece que lo sacaría del manantial donde se halla que el diablo, haciendo este año las funciones de comadrona á una pastorcilla; declaró á ésta, que, después de la resurrección de Jerucristo, jamás había habido tanta desolación en el infierno, como en estos últimos días, en los cuales se había visto muchos obispos y prelados y casi todos los barones ingleses cruzarse; pero que este duelo muy pronto se cambiaría en gozo, por cuanto la mayor parte de los cruzados se pasarían á los infieles, y entregándose á todos los desórdenes, serían borrados del libro de la vida (3).

Como para certificar la predicción del comadron, Hoveden cuenta sin duda la historia de S. Alban: pero, tan creíble es en un caso como en otro. Volvamos á tratar de cosas más serias.

(1) Rog. de Hov. Ann., pag. 631.

(2) Hist. de los Arabes, año 1184 y 1185.—Tom. 16 de la Hist. Univ.—Hist. de Saladino, tom. 1. pag. 440.

(3) Roger de Hoveden, pag. 629.